

HENRY KAMEN

ESPAÑA Y LA CREACIÓN DE LA EUROPA MODERNA

SIGLOS XVI-XVIII



Henry Kamen

España y la creación
de la Europa moderna

Siglos XVI-XVIII



ESPASA



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Early Modern European Society 1500-1750*

© Henry Kamen 1999, 2021

© de la traducción, Alejandra Devoto, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Espasa, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Imágenes del interior: © Fine Art Images/Album; © Album; © Joseph Martin/Album; © National Gallery of Art, Washington DC/Album; © akg-images/Album; © DEA PICTURE LIBRARY/Album; © Metropolitan Museum of Art, NY/Album; © G. DAGLI ORTI/DEA/Album; © The National Gallery, London/akg/Album; © Universal Images Group/Pictures From History; © Erich Lessing/Album; © Bridgeman Images/Album y © Werner Forman/akg-images/Album

Iconografía: DAU, Grupo Planeta

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Primera edición en Colección Booket: noviembre de 2025

Depósito legal: B. 18.419-2025

ISBN: 978-84-670-7936-4

Impreso en España

ÍNDICE

PRÓLOGO	11
1. IDENTIDADES Y HORIZONTES	13
Europa: una identidad incierta	13
Las dimensiones del espacio europeo	15
La conquista de la distancia	18
Identidades y fronteras	22
La nación, el «Estado»	23
La lengua refuerza la identidad	27
Identidades básicas: la comunidad rural	31
Identidades básicas: la comunidad urbana	38
Una identidad básica: la familia	41
Una Europa dominada por la juventud	49
La sorprendente brevedad del matrimonio	51
Tendencias demográficas: ¿una crisis malthusiana?	58
Nacer para morir	60
Mortalidad: epidemias	62
Mortalidad: hambrunas	66
Mortalidad: guerras	73
2. OCIO, TRABAJO Y DESPLAZAMIENTO	81
Una sociedad en la que no predominaba el trabajo ni mandaba el tiempo	82
El ocio y la juventud	88
El ocio y las festividades	90

Una población en movimiento	92
Razones para la movilidad y la emigración	95
La movilidad cultural	99
Angustia y emigración	103
 3. COMUNIDADES DE CREENCIAS	 109
La religión tradicional: el año ritual	110
Disciplinar la fe: la confesionalización	116
Disciplinar la fe: las misiones	125
Disidencias: la brujería	130
Disciplinar la fe: ¿de la persecución a la tolerancia? ...	142
La angustia y la emigración confesional	148
 4. LA ÉLITE GOBERNANTE	 155
Un espejo para las élites	155
Poder y clientelismo	160
La aristocracia de la guerra	163
La nobleza en los negocios	167
Patrimonios y fortunas	174
La crisis y la resiliencia de la aristocracia	190
 5. LA ÉLITE INTERMEDIA	 201
Élites urbanas y rurales: normas y valores	201
El comercio: un papel clásico	204
Las élites y el poder financiero	208
El papel de las empresas y la función del cargo	215
La movilidad social de la élite intermedia	218
¿La traición de la burguesía?	226
 6. SOLIDARIDADES Y RESISTENCIA	 239
Las solidaridades y el honor	239
Un ambiente precario	246
Peligra la comunidad rural	251
Solidaridades y protesta: ¿hubo una crisis general?	269
El descontento y la alteración del orden	273
Características de la revuelta comunitaria	292

7. ROLES DE GÉNERO	301
Género y propiedad	302
¿Una guerra de los sexos?	306
El matrimonio	308
Las mujeres y el trabajo	316
La maternidad y la familia	321
Las mujeres en la religión	323
Las evasiones privadas y públicas	327
Las mujeres en el poder	328
Las mujeres, el honor y la ley	332
La variación sexual y la elección	339
8. DISCIPLINA SOCIAL Y MARGINALIDAD	343
La disciplina comunitaria y la moralidad	343
El control de la pobreza	349
La sanción del delito	371
Bandidos y forajidos	380
El poder de castigar	384
La marginalización: la esclavitud	389
Disciplinar a los reclusos: la demencia	394
9. LA MODERNIDAD Y EL INDIVIDUO	397
La privatización y la familia	399
El escepticismo, el secularismo y la privatización de la creencia	402
La imprenta, la alfabetización y la mejora	408
A pesar de los libros, una cultura fundamentalmente oral	412
La enseñanza privada y la pública y el Estado	417
El <i>Grand Tour</i>	424
Documentos egocéntricos: diarios y cartas	429
Los libros y el desarrollo de la opinión	432
La aparición de los periódicos	438
La modernidad de la utopía	443
10. LA PROYECCIÓN GLOBAL DE LOS EUROPEOS	453
Una Europa pequeña en un mundo muy grande	453
La Europa preindustrial en un escenario mundial	463

¿Europa como líder mundial?	467
¿Hubo una revolución del consumo en la sociedad europea?	470
La difusión de la sabiduría	475
Globalización: enfermedad, entorno y clima	477
¿Favoreció la globalización el desarrollo de imperios europeos?	486
 11. LA APARICIÓN DEL ESTADO MODERNO	 491
Requisitos indispensables del poder político: estabilidad económica y mercantilismo	492
¿Fue el poder militar lo que creó el Estado moderno? ...	498
La afirmación del Estado: ¿existió el absolutismo?	501
 NOTAS	 517
REFERENCIAS Y LECTURAS	559
ÍNDICE ANALÍTICO	577

1

IDENTIDADES Y HORIZONTES

—Mi querido Raphael, sin ninguna intención de abreviar, explíqueme, por orden, los campos, los ríos, las ciudades, los pueblos, las costumbres, las instituciones, las leyes y todo lo que le parezca que deberíamos saber.

—Nada me gustaría más —respondió él—, pero llevará bastante tiempo.

—Comamos primero y después podemos buscar el momento.

TOMÁS MORO, *Utopía*, libro 1 (1516)

EUROPA: UNA IDENTIDAD INCIERTA

La caída de Constantinopla en poder de los turcos en 1453 concentró la atención de los países occidentales en la amenaza del islam y creó, por primera vez, la conciencia de su interés común frente al enemigo. Un año después de esa caída, el humanista Eneas Silvio Piccolomini hizo un llamamiento para que Occidente se congregara en torno al concepto de «Europa», que él identificaba con la causa cristiana y cuyo liderazgo asignaba a los Estados de «Germania». Por lo general, los escritores posteriores coincidieron con él en que el continente europeo incluía a todos los países que habían compartido la fe católica y la cultura latina. Con carácter excepcional, el humanista francés Montaigne incluía a «Moscovia» en su visión del continente, porque los rusos también eran una línea de defensa contra el islam. Sin embargo, en la *Cosmographia universalis* de Sebastian Münster —hubo varias ediciones después de 1544—, Moscovia y los Balcanes se concebían a la zaga de una Europa majestuosa, con el corazón en Europa central y la testa coronada en España¹.

«Europa» siguió siendo una idea vaga y poco frecuente, incluso de forma impresa. A pesar de estar perfectamente deli-

neada en los mapas pioneros de Münster, no formaba parte del bagaje mental de los occidentales. Durante el Renacimiento, los propagandistas identificaban la idea con la prolongación religiosa del cristianismo papal o con el poder temporal de la cabeza del Sacro Imperio Romano Germánico. Aquellos que, como el humanista Valla, rechazaban las dos identificaciones preferían creer en una Europa unificada, más bien, por el valor estimulante de una cultura latina común. El intento de definir el continente se volvió cada vez más difícil en sus extremos. La mayoría de los occidentales no estaban de acuerdo con incluir en su visión del mundo la cultura eslava no católica y tenían una opinión distante e inevitablemente mal informada —y, por consiguiente, adversa— con respecto a Rusia y a sus vecinos². Los venecianos estaban en contacto con Moscú desde 1471; el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico envió en 1516 a un embajador especial, Sigismund von Herberstein, y los ingleses mandaron una misión comercial importante en 1553, pero los contactos fueron escasos y superficiales —el idioma era un obstáculo inmenso— y siguió persistiendo la imagen de Moscovia como un territorio tiránico de esclavos. ¿Y qué hacer con respecto a la España multicultural? Valla aceptaba que se llamara «europeos» a los musulmanes españoles, pero un bohemio que viajó a la Península en la década de 1460, León de Rosmithal, no pudo disimular su incomodidad ante la mezcla de las culturas judía e islámica que encontró³.

Todas las personas cultas sabían que fuera había un mundo inmenso y complejo, cuya existencia desafiaba los límites y el carácter de su continente. Sin embargo, el conocimiento directo del mundo era bastante limitado y el público tenía que confiar en los relatos de viajes, a menudo sumamente imaginativos, como los del viajero italiano de finales del siglo XIII, Marco Polo. El descubrimiento del Nuevo Mundo, en 1492, dio comienzo a otra fase en el proceso de definición de Europa. América se convirtió en un espejo del Viejo Mundo, el «otro» con el cual podían compararse los europeos. Al advertir las diferencias evidentes con respecto a los habitantes de otros continentes y, al mismo tiempo, darse cuenta de sus propios atributos,

capacidades y cultura, poco a poco los europeos fueron adquiriendo conciencia de su propia idiosincrasia. «Europa» como ente cosmológico cobró forma en los mapas y en los relatos de viajes, aun cuando sus habitantes en general seguían sin darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. El contacto con otras civilizaciones, sobre todo con las que estaban muy desarrolladas en Asia, proporcionó aún más solidez a la percepción de Europa considerada a escala global (véase el capítulo 10).

LAS DIMENSIONES DEL ESPACIO EUROPEO

A principios del siglo XVI, los comerciantes, los aventureros y los exploradores del litoral atlántico habían comenzado a extender los horizontes de los europeos. Los breves y fragmentarios contactos medievales entre Europa y Asia fueron sustituidos, durante el Renacimiento, por intercambios directos y provechosos entre los comerciantes europeos y las monarquías asiáticas. «¿Qué ha venido a buscar a India desde tan lejos? —preguntaron a Vasco da Gama cuando, en mayo de 1498, llegó a Malabar—. Cristianos y especias», respondió de inmediato. Las especias, y, sobre todo, la pimienta, se convirtieron en la principal fuente de riqueza de la Corona portuguesa, que, en la primera mitad del siglo XVI, fue pionera en el descubrimiento europeo de los territorios de China y Japón y las Indias Orientales. El portugués Magallanes, que había estado siete años en las Indias, al final pasó al servicio de España y contribuyó a darle un papel decisivo en la lucha por las posesiones de ultramar. Estas dos naciones pequeñas, con un total de alrededor de nueve millones de habitantes, fueron precursoras en abrir el mundo a los intereses europeos.

Portugal era un país de apenas un millón de habitantes, sin antecedentes de expansión más allá de sus fronteras. Sin embargo, en 1415 sorprendió al mundo al enviar una fuerza expedicionaria a capturar el puerto de Ceuta, en el norte de África⁴. Después, sus dirigentes financiaron la flota que, a las órdenes de Bartolomé Díaz, rodeó el extremo sur de África en 1487.

Las riquezas cosechadas por Portugal —entre 1500 y 1520, alrededor de diez mil quinientas toneladas de especias de Oriente y cerca de cuatrocientos diez kilos de oro por año del oeste de África— estimularon la rivalidad. En aquellos meses, el navegante genovés Cristóbal Colón también se puso en contacto con los portugueses, buscando apoyo para sus propios sueños de viajar a Oriente. Pero la Corona portuguesa no estaba, en aquel momento, en condiciones de financiarlo. Lo siguiente que sabemos de Colón fue que pasó por Lisboa en marzo de 1493 para anunciar que había llegado a unas islas próximas a Japón. La respuesta de los portugueses fue apoyar los barcos a las órdenes de Vasco da Gama, que llegaron a India tras un viaje de trescientos nueve días desde Lisboa.

Aparte del contacto con el Caribe, el logro español más importante fue la vuelta al mundo en la nave Victoria (1519-1522), en una flota de cinco embarcaciones, al principio al mando de un portugués, Magallanes, que perdió la vida durante el viaje, y, finalmente, de un español, Juan Sebastián Elcano. Los portugueses mantuvieron un control estricto de la información acerca de su comercio, pero los españoles nunca fueron tan reservados y permitieron el libre intercambio de ideas, porque, de lo contrario, como sostenía el historiador Antonio de Herrera, «la reputación de España caería rápidamente, pues las naciones extranjeras y enemigas dirían que poco crédito se podía dar a las palabras de sus gobernantes, cuando a sus súbditos no se les permitía hablar libremente». A partir de mediados del siglo, la gran colección de libros de viajes —cabe destacar *Delle Navigationi et Viaggi* (1550) del veneciano Ramusio y *Principall Navigations* (1589) de Hakluyt— empezó a disipar los viejos mitos acerca de los territorios de ultramar y presentó al público instruido unas realidades muy alejadas de los relatos de monstruos bisexuales y hombres con cabeza de perro que habían conocido sus padres.

El comercio y la exploración fueron la primera etapa, en su mayor parte limitada a principios del siglo, del descubrimiento del mundo exterior por parte de Europa. En aquel período inicial, la sensación de asombro siguió siendo importantísima:

muchos quedaban de lo más impresionados al ver que Asia y América superaban con frecuencia las maravillas que Europa podía ofrecer. Antonio Pigafetta, natural de Vicenza, que acompañó a Magallanes en sus viajes, relataba cómo había llegado hasta allí: «Estaba yo en España en el año 1519 y, por libros y conversaciones, supe de las maravillas que se podían ver recorriendo los océanos, conque decidí descubrir con mis propios ojos la verdad de todo lo que me habían contado». Gracias a su entusiasmo se narró para la posteridad la expedición más famosa de la historia naval europea.

Siempre estaba presente la sensación de asombro. Después de entrar en la ciudad azteca de Tenochtitlán en 1521, Hernán Cortés, en cartas a su propio emperador, decía, con respecto a los palacios de Moctezuma, que «en España no hay su semejable»; refiriéndose al gran templo, «que no hay lengua humana que sepa explicar la grandeza y particularidades [de él]», y describía la propia ciudad como «la más hermosa cosa del mundo». Al recordar en su ancianidad los esplendores de México, un veterano de la conquista, Bernal Díaz, decía que hasta el mercado era un sitio tal que «entre nosotros hubo soldados que habían estado en muchas partes del mundo, y en Constantinopla y en toda Italia y Roma, y dijeron que plaza tan bien acompañada y con tanto concierto, tamaña y llena de tanta gente, no la habían visto».

A lo largo del siglo, esta conciencia de la modesta participación europea en la civilización mundial fue reemplazada por una actitud más agresiva. Confiando en su propia superioridad, los europeos pasaron a la época colonial. Dio comienzo al proceso el viaje épico de Vasco da Gama de 1497-1498⁵. La agresividad se debió en parte al convencimiento de que había que llevar el cristianismo a los infieles. Los logros más notables en este sentido corresponden a hombres como el jesuita navarro Francisco Javier (murió en 1552), cuya visión global lo llevó a Goa, Malabar, Malaca, Japón y la costa de China, y fray Toribio de Motolinía, que en 1524 desembarcó en México con otros once franciscanos para comenzar la primera conversión a gran escala emprendida jamás por los cristianos fuera de Europa.

Esta actitud derivaba en parte, no obstante, de la suposición de una superioridad racial inherente. «¿Cómo poner en duda —escribió en 1547 el humanista español Sepúlveda— que ese pueblo tan incivilizado, tan bárbaro, contaminado por tantas impiedades y obscenidades, haya sido en justicia conquistado por tan excelente, piadoso y justo rey, y por una nación tan humana y sobresaliente en toda clase de virtudes?». Esto se puede comparar con las palabras de Jan Pieterszoon Coen, quien en el siglo XVII creó las Indias Orientales Neerlandesas: «¿Acaso en Europa no puede un hombre —preguntó a alguien que criticaba sus políticas— hacer lo que quiera con su ganado? Lo mismo hace aquí el amo con sus hombres, puesto que tanto estos como todo lo que les pertenece son tan suyos como lo son las bestias brutas en los Países Bajos». Por ende, la percepción europea del mundo exterior tenía sus raíces en una confianza suprema. «Ya se ha recorrido todo y todo se conoce», proclamaba en 1552 el historiador López de Gómara. A tono con esta confianza apareció el ansia creciente de dominio, como sostenía con firmeza en 1590 el jesuita José de Acosta, cuando, aprobando la conquista de América por parte de España, afirmaba que era totalmente conforme a «la divina Providencia que ordena que unos Reynos sirvan a otros».

LA CONQUISTA DE LA DISTANCIA

No fue esta la característica menos sorprendente de la globalización de Europa. Si observamos las distancias cubiertas por las embarcaciones que comerciaban con Asia rodeando el cabo de Buena Esperanza, los viajes de los colonos ingleses a América del Norte y el territorio recorrido por Francisco Javier en sus misiones y por Pizarro en sus conquistas, podríamos sospechar que lo había hecho posible el progreso tecnológico. Sin embargo, a pesar de todas las mejoras en la ciencia náutica, el tiempo no tuvo casi nada que ver y el único factor decisivo para la conquista de la distancia fue la resistencia humana.

A partir de mediados del siglo XVI, los viajeros europeos emprendieron un avance decidido hacia todos los puntos cardinales. Se conservan alrededor de setenta relatos de viajes de europeos occidentales a Rusia durante el período comprendido entre 1550 y 1599, mientras que en la primera mitad del siglo solo había habido una docena.

El agua, el caballo y la diligencia eran los tres medios de transporte, con distintos grados de eficiencia⁶. Para grandes distancias, el mar era, sin duda, la forma de comunicación más rápida, pero, para trayectos menores por tierra, el caballo era más rápido y más fiable, con lo cual fue la base evidente para los servicios postales que empezaban a aparecer en Europa. Los Gobiernos dedicaron especial interés a mejorar la calidad del servicio postal, que seguía siendo muy caro y, por consiguiente, menos usado por los particulares que por el Estado y los comerciantes. En Bruselas, a partir de la década de 1490, el Gobierno había empleado como correo a Francisco de Tassis, perteneciente a una familia muy notable, los Tasso, procedente de cerca de Bérgamo, en el norte de Italia. En el siglo XV, algunos miembros de esta familia se establecieron tanto en los Países Bajos (donde su apellido se escribía «Tassis») como en Alemania (donde se escribía «Taxis»). En torno a 1450 habían organizado para el emperador conexiones postales desde Viena hasta Italia y Bruselas. Alrededor de 1500, su éxito en la financiación de las comunicaciones postales les había proporcionado riqueza y nobleza.

Cuando subió al trono de España en 1516, Carlos de Habsburgo, coronado emperador como Carlos V en 1520, confirmó a Tassis y a sus socios comerciales —eran miembros de su familia, venidos directamente de Italia— como jefes de correos para todos los territorios que gobernaba. La familia mantenía una red postal inmensa que conectaba Viena, Bruselas, Roma y los territorios españoles, hasta Nápoles. En Castilla llegaron a pertenecer a la aristocracia. En Alemania, el monopolio que ejercieron a partir de 1597 se llamaba *Reichspost* y algunos miembros de su familia, conocida como Thurn und Taxis, acabaron siendo príncipes del imperio.

A principios de la Edad Moderna no hubo un incremento importante en la velocidad del correo. Debido a las condiciones inciertas, en el siglo XVI el correo de Amberes a Ámsterdam solía tardar entre tres y nueve días, y el de Amberes a Gdansk entre veinticuatro y treinta y cinco. Según una normativa inglesa de 1637, el correo tenía que viajar a siete millas [11,3 kilómetros] por hora en verano y a seis [9,6 kilómetros] en invierno. Una generación después, en 1666, la velocidad media de las cartas en Inglaterra no superaba las cuatro millas [6,4 kilómetros] por hora. Comparémoslo con el Nuevo Mundo, donde el sistema postal inca alcanzaba unas velocidades que no se igualaron hasta la invención del motor de combustión interna. Un cartero a pie tardaba tres días en llegar de Lima a Cuzco, mientras que, en el siglo XVII, un cartero a caballo recorría la misma distancia en doce días. La distribución en Perú era tan eficiente que los incas se hacían enviar pescado fresco desde la costa, a una distancia de unos quinientos sesenta kilómetros, en dos días.

En Europa, sin embargo, la falta de velocidad se compensaba con el mayor uso por parte del público en general. Por ejemplo, la red de los Taxis estaba al alcance de los comerciantes y de quien estuviera dispuesto a pagarla. En torno a 1600, había países como Moscovia y Suecia que podían aprovechar bien las vías fluviales para el funcionamiento de sus servicios postales, pero la mayor parte de la actividad se seguía llevando a cabo en los centros urbanos de Occidente. En Inglaterra, a finales del siglo XVII circulaban casi un millón de cartas por año en la zona de Londres, mediante el llamado *penny post* [un servicio de distribución de cartas simples a un precio muy reducido]⁷.

Fuera de Europa, debido a la inmensidad de las distancias, había que medir en función de la resistencia, más que por el tiempo. Hubo héroes, como Colón, que informó a la reina Isabel en 1503 que «el mundo es poco, digo que no es tan grande como dice el vulgo». No muchos habrían estado de acuerdo. La vuelta al mundo emprendida por la expedición de Magallanes y Sebastián Elcano, que zarpó de Sevilla con una tripula-

ción de doscientos sesenta y cinco hombres en cinco naves, demuestra el elevado precio de todos los intentos por reducir el tamaño del mundo. La nave Victoria regresó en 1522, con una tripulación de apenas dieciocho europeos y cuatro malayos. Cuando Francis Drake hizo un viaje similar cincuenta y cinco años después, las dificultades seguían siendo prohibitivas: tenía cinco naves cuando levó anclas en Plymouth en 1577 y regresó con una sola en 1580. La larga ausencia resulta engañosa, porque, en la mayoría de los viajes, se pasaban períodos mucho más largos descansando en un puerto que en alta mar.

Los barcos que hacían lo que los españoles llamaban «la carrera de las Indias», es decir, el viaje a América, tardaban una media de setenta y cinco días en cruzar de Sevilla a Veracruz y ciento treinta en volver. Todo el viaje, incluidas las largas esperas en Veracruz y La Habana, podía suponer que una nave que zarpara de Sevilla en julio no regresara, por lo general, hasta octubre del año siguiente. Los viajes a Asia eran mucho más prolongados. En el siglo XVIII, una embarcación de la VOC (la Compañía de las Indias Orientales Neerlandesas) tardaba una media de doscientos treinta y cinco días para ir de los Países Bajos a Batavia. El historiador Cieza de León proclamaba la fortaleza de los españoles y se preguntaba qué otra raza, salvo la suya, podría haber penetrado «en terrenos tan escabrosos, bosques tan espesos, montañas y desiertos tan inmensos y ríos tan anchos». Podríamos responder que los rusos en Siberia, los puritanos en Nueva Inglaterra, los holandeses y los portugueses en África y en Asia y los franceses en Canadá, donde, cada uno a su manera, y a menudo con métodos que pocos aprobarían, acercaron el mundo exterior a Europa y así conquistaron el gran abismo que imponían el tiempo y el espacio.

El gobierno de un imperio mundial resultó especialmente difícil para Felipe II, por la incapacidad de comunicarse rápidamente con sus administradores: «No he sabido nada del rey, en lo que concierne a los Países Bajos, desde el 20 de noviembre pasado», se quejaba desde Amberes Requesens, el gobernador de esa región, el 24 de febrero de 1575. No solo los políticos, sino también los empresarios, tenían que hacer una

inversión para superar la distancia y el tiempo. De todos modos, más que la tardanza de la correspondencia, el problema principal era lo imprevisible de su llegada. De las treinta y dos cartas que Felipe II recibió de su embajador en París en 1578, la más rápida tardó solo siete días y la más lenta, cuarenta y nueve. Cualquier retraso en el pago de una letra de cambio⁸, en la llegada de los galeones o en el envío de una carga perecedera podía significar la ruina. Sin embargo, cuando se tiene en cuenta toda la evidencia de las demandas de urgencia de estos hombres de mundo, no cabe duda de que no eran más que un grupo minoritario. El tiempo todavía no era un marcapasos universal y la época parecía moverse a un ritmo bastante informal, regulado solo por los movimientos del sol, el ciclo de las estaciones y, de vez en cuando, algún reloj.

IDENTIDADES Y FRONTERAS

La noción de «Europa» —ya lo hemos comentado— siguió siendo poco más que un ideal. En la década de 1520, Erasmo centraba en la cristiandad —rara vez usó la palabra «Europa»— su anhelo de una civilización sin fronteras unida, pacífica y cultivada. Aunque se sentía orgulloso de ser holandés, afirmaba: «Quiero ser ciudadano del mundo y no de una sola ciudad». Las ansias de un Gobierno universal fueron también el sueño de Tommaso Campanella más de un siglo después. Como hombres cultos, ellos dos y otros miraban más allá de los conflictos políticos y religiosos a un sistema en el que no hubiera fronteras.

Sin embargo, en el mundo real había fronteras a las cuales los cartógrafos tendían a proporcionar una realidad visible, pero que eran difíciles de definir⁹. Los límites no separaban necesariamente a las personas; también podían ayudarlas a comprender las diferencias en el mundo que las rodeaba, sobre todo en una época en la que los viajeros comenzaban a explorar lugares desconocidos y a plasmar sus impresiones por escrito. Por ejemplo, los europeos empezaron a distinguir el mundo

civilizado del salvaje, y escritores como Montaigne trataron de analizar estas impresiones en base a la información que traían los que se habían aventurado a traspasar fronteras extrañas y exóticas. Como sabemos a partir de quienes cruzaron fronteras (véase el capítulo 2), viajar enriqueció la experiencia de los europeos de principios de la Edad Moderna de todas las formas posibles.

Desde un punto de vista administrativo, una frontera no era algo territorial, sino que, más bien, describía los límites de una jurisdicción (noble, eclesiástica, urbana). De todos modos, debido a la superposición de distintos tipos de jurisdicciones, resultaba imposible llegar a una precisión geográfica en los tratados de paz, y las fronteras no significaban, necesariamente, la existencia de sustanciales diferencias políticas y culturales entre unidades políticas independientes. Las fronteras más sencillas —siempre eran las más buscadas, porque facilitaban el comercio— eran las representadas por el agua. La división territorial también se determinaba a menudo por la divisoria de aguas: las naciones trataban de definir sus fronteras según los mares y los ríos que las abastecían. Las comunidades luchaban por el derecho a incluir cursos de agua —eran preciosos tanto para la alimentación como para el riego— dentro de sus dominios. Los Estados que luchaban por establecer su identidad trataban de obtener un litoral marítimo o, como mínimo, un puerto marítimo: en el siglo XVII, Moscovia logró dejar de ser un país sin salida al mar cuando pudo obtener un litoral extenso en el Báltico, mientras que una región más pobre, como Aragón, no consiguió una salida al mar y siguió siendo el único reino de España sin ella.

LA NACIÓN, EL «ESTADO»

Para los historiadores, el aspecto más fascinante de la evolución de Europa ha sido la aparición del ente conocido como el «Estado», que en algún momento se identificaba sobre todo con el concepto de «Estado-nación», pero que en las últimas

décadas se ha estudiado de forma más concreta en términos de «poder», es decir, en términos de tamaño territorial, población, riqueza, poderío militar y sistemas administrativos. (Nos ocuparemos de algunos de estos aspectos del poder en el capítulo 11).

El Estado, un elemento fundamental de la civilización occidental, funcionaba desde arriba e imponía su autoridad¹⁰. No representaba una identidad primaria para la mayoría de los europeos, que apenas tenían contacto con él y se identificaban más con organizaciones locales, como la población o la comunidad en la que habían nacido. A partir de entonces, la sensación de «pertenencia» surgió como una serie de vínculos que funcionaban hacia arriba, a través de la lealtad a los señores y a las instituciones. Desde la época medieval y hasta bien entrado el siglo XVIII, el paisaje europeo estuvo dividido entre estas lealtades diversas, que reflejaban el modelo feudal de la autoridad. Los que mandaban, ya fueran señores o reyes, controlaban jurisdicciones que a menudo se superponían, no coincidían con las divisiones políticas y cambiaban con frecuencia, según los infortunios de la guerra o las alianzas matrimoniales. El desarrollo del Estado se ha explicado de múltiples maneras, según la perspectiva adoptada¹¹. Las explicaciones suelen coincidir en señalar el papel fundamental de la guerra y la coerción para producir el Estado organizado¹², un punto de vista que confirma el pensamiento tradicional, incluido el del escritor del siglo XVII Thomas Hobbes, y que tiene la virtud de coincidir con buena parte de la evidencia histórica. Este punto de vista también deja claro que el Estado era un ente bastante ajeno a los intereses y las identidades de muchos de sus súbditos y que solo se volvía aceptable cuando adoptaba la forma de una «nación».

Pero ¿qué es una nación? Si por nación entendemos un ente político autónomo, es posible que alrededor de 1500 hubiera más de quinientas en Europa, cada una con su propia historia, sus Gobiernos tradicionales y sus instituciones. Alrededor de 1750, sin embargo, por «nación» se entendía algo diferente. Por lo general, los grandes entes engullían a los pe-

queños y se reservaba la descripción de nación a la unidad mayor. Como ejemplo de esta tendencia podemos mencionar la absorción del vizcondado de Bearne, supuestamente una «entidad autónoma, separada de cualquier otro dominio o reino», por parte del reino de Francia en 1620¹³. Resultaba que los dos territorios tenían el mismo rey, Luis XIII de Francia, favorable a la fusión por conveniencia administrativa. La mayoría de las naciones modernas han alcanzado su condición simplemente por una conquista o por la fusión de unidades más pequeñas, pero, debido a este proceso, resulta muy difícil definir los orígenes históricos y el carácter de una nación. Moscovia absorbió Ucrania en el siglo XVII a fin de continuar el crecimiento del Estado ruso; Castilla absorbió la Corona de Aragón a principios del siglo XVIII para aumentar la unidad de España, e Inglaterra y Escocia, después de compartir el mismo gobernante desde 1603, se fusionaron en 1706 para formar un Estado con sede en Londres.

Aunque a primera vista parecería que la formación de las naciones modernas ha sido un proceso impuesto desde arriba, la realidad fue más compleja. La absorción y la conquista aumentaban los territorios de un «Estado», pero no contribuían a crear una «nación». En toda Europa, las regiones incorporadas siguieron funcionando durante un siglo o más como naciones autónomas y conservaron su propia Administración, sus leyes y su lengua. Con el tiempo, no obstante, las élites regionales empezaron a identificarse con los intereses del Gobierno central y es posible que hasta participaran en él. Cuando esto ocurrió, comenzaron a integrarse en una «nación».

La conclusión es irónica, pero tuvo suficiente importancia para hacer hincapié en ella: la centralización se produjo, una y otra vez, desde abajo, y no desde arriba¹⁴. Cuando las provincias empezaron a identificar sus intereses con los del Estado central y cuando los miembros de la élite provincial consiguieron poder en él, surgió una amplia comunidad de intereses¹⁵. Del mismo modo, podía ocurrir que la población de zonas fronterizas, donde la identidad siempre era difusa, comenzara a aceptar una relación con el centro, con lo cual aparecía cierta

sensación de nacionalidad. En el Rosellón, en la frontera sur de Francia, que dejó de ser español en 1659, en el siglo XVIII los habitantes empezaron a identificarse con Francia, como reacción contra su identidad anterior como súbditos de la Corona española¹⁶.

En síntesis, las naciones se crearon mediante la aceptación de una serie de vínculos compartidos. Es posible que algunos de estos lazos fueran imaginarios, porque definían percepciones u objetivos, más que vínculos concretos. Es verdad que el producto final, el Estado-nación, también era fruto de la imaginación¹⁷, porque a lo largo de las generaciones posteriores hubo que dedicar mucho esfuerzo a tratar de brindar a su existencia visos de realidad. La comunidad que acabaría convirtiéndose en una nación tenía al principio la peculiaridad de que, por lo general, sus integrantes no se conocían entre sí y su relación era, en gran medida, fruto de la imaginación; no se conocían, no se habían visto ni habían oído hablar los unos de los otros, pero construyeron en su mente una imagen de lo que tenían en común.

Desde un punto de vista histórico, solo los pueblos más pequeños de Europa, como Bohemia, Cataluña y Gales, tenían una identidad coherente a principios de la Edad Moderna. No había problemas nacionales, porque, en sentido estricto, no había Estados-naciones y la realidad política estaba compuesta por entidades regionales semiautónomas. En las tierras rusas, ni siquiera había un territorio o una etnia que definiera la entidad a la cual se pertenecía; con frecuencia elegían la palabra «pueblo» (*narod*) para indicar lo que tenían en común¹⁸. No obstante, al mismo tiempo había en Europa una amplia experiencia compartida, que unía las entidades y las convertía, en cierto modo, en una «nación»¹⁹. En la práctica, y a pesar de lo que se suele suponer, ni la unidad administrativa ni la lingüística fueron requisitos imprescindibles para la identidad nacional. Como dice el sociólogo Van Gennep, una nación puede existir como un complejo de unidades colectivas que cambian constantemente, y constantemente varían las relaciones entre sí²⁰.

LA LENGUA REFUERZA LA IDENTIDAD

A partir del siglo XVIII, cuando el escritor alemán Herder destacó que la lengua es una identidad básica de la nación, los movimientos nacionalistas han hecho especial hincapié en la prioridad de una lengua común, aunque esto, en realidad, apenas tiene sustento histórico. Podemos afirmar con contundencia que una lengua no crea una nación. En casi todos los casos, la nación existía antes que la lengua. Como la mayoría de los Estados, eran entidades compuestas por varias etnias, no poseían una sola lengua, sino muchas²¹. En todos los países europeos se adoptó una lengua común mucho después de que se aclararan los lineamientos fundamentales de la nación y el Estado. En la Francia prerrevolucionaria, la mitad de la población no hablaba, ni podía hacerlo, el francés clásico, la *langue d'oeil*, que se usaba en el norte. Se ha observado que:

Entre el siglo XV y el XVII, en la mayor parte de Europa occidental se emprendieron, por motivos políticos, asiduos programas de promoción lingüística, como consecuencia de los cuales las principales lenguas vernáculas de la región, como el inglés, el francés, el español, el alemán, el italiano, el sueco, el portugués y el holandés, dejaron de ser dialectos fundamentalmente orales y sumamente localizados, con un vocabulario reducido e inestable, para convertirse en las copiosas lenguas escritas, uniformes y estandarizadas de la Administración pública y la producción literaria que hoy conocemos²².

Cuando hace falta, una sola lengua puede tener, al principio, un estatus especial. En Hungría, un Estado de muchas culturas y lenguas, el idioma estándar utilizado en la Dieta era el latín, que siguió siendo la lengua oficial de la Administración hasta 1844²³. No obstante, y a pesar del uso frecuente que le daban la élite culta y el clero, el latín nunca alcanzó el estatus que a menudo nos dicen que tuvo: el de ser una lengua común de los europeos. Sin duda, gozó de un apogeo: «El renacimien-

to del latín clásico —nos recuerdan— fue un comienzo lógico de la historia de la Edad Moderna. A largo plazo, sin embargo, la preservación de la latinidad clásica resultaba incompatible con la creación de otro mundo intelectual»²⁴. Lo cultivaban los auténticos estudiosos, pero en la década de 1550 la lengua vernácula lo estaba socavando de forma irremediable.

Entonces, el latín empezó a desaparecer de las universidades, y los diplomáticos solían usar el italiano como lengua de trabajo. El destacado intelectual Peiresc —murió en 1637 y de él se conserva una correspondencia de más de diez mil cartas con la élite cultural de su época— también escribía por lo general en italiano o en su lengua materna, el francés. Curiosamente, y a pesar de su enorme importancia política, la lengua hablada en España en la época de su gran imperio no tuvo alcance universal. Otro gran erudito europeo, Leibniz, que murió en 1716, fuera de Alemania solo mantenía correspondencia con residentes de París, Londres, Roma, La Haya y Ámsterdam. En España, puede que el latín se enseñara en escuelas exclusivas, pero para la élite e incluso para el clero prácticamente era una lengua muerta²⁵. En 1587, el autor de un diccionario castellano-latín publicado en Salamanca confesaba que «otras naciones percibían que a los españoles les faltaba la lengua latina».

La lengua vernácula, en cambio, era promovida activamente por los Estados, que la valoraban para su uso en el Gobierno y la Administración y para promover las publicaciones religiosas (en los países protestantes, la Biblia). Lamentablemente, no siempre era la lengua que usaba la población. Los habitantes de Cornualles se rebelaron en 1549 para protestar contra la nueva liturgia (protestante) en inglés. En 1600, en España, un impedimento para un Gobierno eficiente era que una cuarta parte de la población no utilizaba a diario la lengua común. En Cataluña, si los sacerdotes predicaban en español, sus congregaciones no los entendían. En todo el continente, tratar de estandarizar las distintas formas de, por ejemplo, el francés, el alemán y el italiano planteaba un problema. En Italia, el obstáculo principal para publicar una versión de la Biblia en la

lengua vernácula era la falta de acuerdo sobre lo que era el «italiano» vernáculo.

Por consiguiente, la lengua solo solía proporcionar una identidad en las naciones más pequeñas. Por ejemplo, en el siglo XVI había dudas sobre lo que constituía el inglés hablado estándar. Thomas Wilson, en su *Art of Rhetorique* (1553), distinguía entre «el inglés culto y el inglés vulgar [...] lo que hablaba la Corte y lo que hablaba el pueblo»²⁶. Si la lengua que se hablaba en un lugar no tenía el privilegio de contar con el apoyo de la élite local y los mecanismos del Estado, podía acabar dentro de la categoría de mero «dialecto»; lo peor era que no se publicarían libros en esta lengua y acabaría siendo un instrumento oral, pero no literario.

En consecuencia, el Estado en evolución comenzó a favorecer el uso de una «lengua común» por motivos administrativos y de comunicación. Cuando Inglaterra y Gales se unieron por una ley en 1536, solo se aprobó como lengua oficial el inglés. En 1539, la Corona francesa aprobó algo semejante: que en los tribunales de justicia solo se podía usar el francés del norte, conocido como *langue d'oeil*. Alrededor de 1560, la Inquisición española llevaba a cabo todos sus procedimientos en castellano, incluso en zonas como Cataluña, donde pocos lo hablaban. La incorporación de territorios más pequeños brindaba un motivo fuerte para usar la lengua de la unidad mayor. «Lo que siempre han hecho los conquistadores —comentaba en el siglo XVI el poeta Edmund Spenser, con respecto a la ocupación inglesa de Irlanda— es despreciar la lengua de los conquistados y obligarlos por todos los medios a aprender la suya».

La diversidad de lenguas aseguró la persistencia de dos grandes tendencias en Europa hasta el siglo XIX. Por una parte, la multiplicidad de lenguas mantenía múltiples identidades culturales, sin impedir, de ninguna manera, el desarrollo de perspectivas más amplias. Dentro de las mismas fronteras, los habitantes podían seguir hablando lenguas distintas sin perder por ello la sensación de pertenecer a una sociedad compartida. El mejor ejemplo son los Países Bajos, que abarcaba varias lenguas y dialectos, pero que, al mismo tiempo, logró cultivar la sensa-

ción de sentimiento nacional, gracias, en gran medida, a la participación en la lucha para independizarse de España. Del mismo modo, los habitantes de los valles gobernados por las Ligas Grises en Suiza eran conscientes de un destino político común, aunque en la zona se hablaban tres lenguas muy distintas.

Por otra parte, la tendencia a imponer una «lengua común» era irreversible y tuvo consecuencias significativas. La Francia de Luis XIV y la España de Felipe V iniciaron una política de cambios administrativos en las provincias que incluía el uso obligatorio de la lengua oficial en los asuntos públicos. Los cambios, emprendidos por todos los Estados que tenían interés en mejorar la gobernanza, tardaron más de un siglo en madurar. En su mayor parte, no fueron bien aplicados. La intervención del Estado, destinada a facilitar el papeleo oficial (y el de la Iglesia), suponía hacer hincapié en la palabra escrita. Una de sus consecuencias fue la marginalización de la cultura oral. En la década de 1720, podía ser que un cura párroco de Bohemia o de Cataluña predicara a sus feligreses en checo o en catalán, pero después tenía que mantener correspondencia con las autoridades en alemán o en español, respectivamente. En Rusia, el Gobierno de Pedro el Grande tomó medidas para reformar el ruso, pero apenas lo usó, en la práctica, salvo para imprimir decretos oficiales, que constituían el 90 por ciento de lo que se imprimía (el 10 por ciento restante se imprimía en el eslavo eclesiástico no reformado)²⁷. En estos casos, el checo, el catalán o el ruso no evolucionaron de forma adecuada, lo que tuvo consecuencias negativas para la literatura creativa. Aunque la primera gramática rusa se publicó en 1609 —la publicó un holandés en Oxford—, hasta el siglo XIX no se desarrolló una literatura creativa sofisticada. En Escocia, la unión con Inglaterra a partir de 1603 dio lugar al predominio del inglés tanto en la Administración como en el culto público y tuvo graves consecuencias en la cultura literaria del país. A finales del siglo XVII, los escoceses solían publicar sus libros en inglés y en Londres²⁸.

Evidentemente, una lengua común se preservaba en las naciones pequeñas, pero tardó mucho en establecerse en las grandes²⁹. En Francia, un informe de 1794, poco después de la Re-

volución, afirmaba que la mayoría de sus habitantes no utilizaba el francés, que era la principal lengua hablada en apenas quince de los ochenta y nueve departamentos del país³⁰. Un siglo antes, la situación quedaba reflejada en la desesperada queja de Racine, desde la costa del Mediterráneo, de que «no puedo entender el francés de esta región ni ellos comprenden el mío»³¹. En el siglo XVIII, en el Languedoc la gente solo usaba el francés cuando estaba borracha, soltaba tacos o para hablar con los forasteros³². La falta de una lengua nacional única era un fenómeno común en todos los territorios que aspiraban a ser Estados-nación. En 1861, apenas el 3 por ciento de la población italiana comprendía lo que llegaría a ser la lengua nacional: el italiano de la Toscana³³. Durante todo el comienzo de la Edad Moderna, los europeos aceptaron un entorno en el cual la lengua tendía más a dividir que a unir —esto era inaceptable tanto para los intelectuales como para los estadistas— y a principios del siglo XVIII hubo intentos serios para que la lengua se ajustara a las exigencias de la unidad política. *Deutsche Sprachkunst* (1748) de J. C. Gottsched proponía una solución que se hizo común también en otras partes: que un solo dialecto, en este caso, el alemán que se hablaba en la Alta Sajonia, sirviera como norma para la lengua tanto escrita como oral.

IDENTIDADES BÁSICAS: LA COMUNIDAD RURAL

A diferencia del actual mundo industrializado, la Europa de comienzos de la modernidad era una sociedad fundamentalmente rural. En el oeste y el centro del continente, alrededor de 1600 menos del 5 por ciento de la población vivía en un centenar de núcleos urbanos de más de veinte mil habitantes. La quinta parte de los demás lo hacía en núcleos pequeños y el resto, en comunidades rurales. Los grandes cambios de comienzos de la Edad Moderna —los elementos del cambio económico, social y doméstico— se produjeron menos en la gran metrópoli y en las sedes del Gobierno que fuera de ellas, en los a menudo olvidados rincones del campo europeo. El equilibrio

entre lo urbano y lo rural fue cambiando con el tiempo. En 1700, más de tres cuartas partes de la población inglesa habitaba en el campo, pero, a finales de ese siglo, Inglaterra se había convertido en el país más urbanizado de Europa, después de los Países Bajos.

La vida social y las solidaridades de los europeos se concentraban en las comunidades rurales: «Estado» y «nación» eran conceptos abstractos con los que rara vez entraban en contacto. A veces resulta útil aplicar el término «campesinado» a la categoría general de productores y residentes en el campo, aunque no sirve tanto usar el término «campesino» para los individuos, ya que la condición económica y social de cada uno podía variar muchísimo en todo el paisaje rural. A un nivel elemental, en la mayor parte de la Europa cristiana la comunidad de la aldea coincidía con la de la parroquia, de modo que la Iglesia desempeñó un papel destacado en la definición del carácter de la comunidad. En zonas más feudales, la autoridad de un señor podía ser más decisiva, sobre todo si controlaba la mayor parte de la tierra. Sin embargo, la comunidad en sí no se definía en función de influencias externas, como la Iglesia y el señor, sino exclusivamente por los vínculos entre sus miembros. Algunas aldeas, como en Inglaterra, donde el campesinado era libre y la distribución de la tierra solía ser equitativa —el 75 por ciento eran arrendatarios y solo el 25 por ciento estaba ocupada por sus propietarios—, daban la impresión de ser unidades satisfechas y autosuficientes, con representación de todas las clases sociales. En cambio, en buena parte de la Europa oriental y mediterránea las aldeas podían ser comunidades deprimidas, compuestas por una sola clase social e incapaces de sobrevivir con sus propios recursos (véase el capítulo 6).

Pocas aldeas existían como unidades independientes viables: todas tenían que mantener vínculos estrechos con otras poblaciones cercanas para cubrir necesidades tan básicas como comer, encontrar pareja y comerciar. En un sentido muy real, por lo tanto, la aldea no era una comunidad completa, sino que podría identificarse mejor con la zona cultural más amplia en la que estaba incluida: en esta zona, todos cultivaban lo mismo,

tenían las mismas condiciones ambientales en cuanto al suelo y el clima, desempeñaban el mismo tipo de tareas, se vestían de forma parecida y hablaban el mismo idioma. En Inglaterra podríamos pensar en una aldea y el distrito circundante, quince kilómetros a la redonda, como una comunidad, pero, en los Pirineos o en Noruega, el término se podría aplicar a varias aldeas, en lugar de a una sola, comprendidas en la amplia extensión de un valle montañoso.

Aunque la unidad básica dentro de cada aldea era el hogar o la familia, la importancia del parentesco como vínculo social no siempre era primordial. En las comunidades más pequeñas y en las zonas de las cuales la gente no se marchaba, podía haber mucha endogamia y lazos de parentesco fuertes, pero, en las numerosas aldeas del norte de Europa en las que había una movilidad constante, los lazos familiares eran más débiles y las personas se mantenían juntas más por relaciones de vecindad. Fuera cual fuese el vínculo, la sensación de pertenencia, el sentimiento de solidaridad, siempre era intenso y profundo. De hecho, la sensación de comunidad —en nuestro mundo actual, más individualista, no solemos experimentar una sensación de este tipo— era tal vez la fuerza social más poderosa en la Europa de principios de la Edad Moderna³⁴. Toda la actividad humana se juzgaba según normas establecidas por la comunidad: se organizaban *charivaris* para burlarse de los matrimonios que no se aprobaban, los vecinos hostiles expulsaban a las «brujas» y la resistencia contra los impuestos injustos se manifestaba en forma de rebelión.

La concentración de las lealtades en la comunidad también podía crear graves conflictos. Pequeñas discrepancias podían desembocar en la aparición de facciones, algunas basadas en el parentesco, y otras, en el estatus. Un conflicto ínfimo podía perdurar de generación en generación, sobre todo en el Mediterráneo, donde se valoraba mucho el concepto del honor, es decir, la reputación que uno tenía en la comunidad. Otros podían rebasar los límites de lo local, como ocurrió en la década de 1570 en la aldea de Cuckfield, en Sussex, cuando una disputa entre el párroco y el señor dividió primero la comunidad y

después el condado, hasta llegar a nivel nacional, y no finalizó hasta que en 1582 intervino el ministro de la reina, *sir* Francis Walsingham, para asegurarse de que el párroco fuera expulsado³⁵. Por naturaleza, las comunidades eran celosas entre sí. En Francia y en España, los jóvenes de una aldea manifestaban su rencor si alguna de sus jóvenes se casaba con un hombre de otra aldea, armando jaleo, exigiendo dinero o incluso recurriendo a la violencia. Sin embargo, en tiempos de penuria, la aldea se podía unir notablemente bien y la revuelta popular, sobre todo contra el señor local, a menudo reforzaba las lealtades locales (véase el capítulo 6).

Las comunidades siempre tenían un origen histórico: si no podían demostrar sus privilegios originales, habrían estado mal equipadas para defenderse de las autoridades externas. Los pequeños asentamientos de origen medieval podían conservar un documento o una escritura. Las Ligas Grises de Suiza —son un caso fascinante— aparecieron en medio de los valles alpinos a finales del siglo XV mediante acuerdos locales frente a las amenazas del exterior³⁶. En las tierras alemanas, las comunidades se debilitaron durante el siglo XVI y, por lo general, quedaron sometidas a los principados.

En buena parte de Europa, sin embargo, incluso en zonas sometidas a señores tanto religiosos como laicos, las formas antiguas de gobierno comunitario siguieron perdurando en los siglos XVI y XVII. Una aldea podía ser gobernada por su asamblea de vecinos (en Francia) o por su concejo general (en España), compuestos, en teoría, por todos los habitantes adultos, aunque en la práctica eran los jefes de familia varones y propietarios; ni siquiera estos asistían en su totalidad y las decisiones iban quedando cada vez más en manos de una élite. Las asambleas podían coexistir con la autoridad de los señores feudales: en Europa del este, el señor aprobaba las reuniones de las asambleas y en Inglaterra un jurado de aldeanos podía colaborar para impartir la justicia señorial. Las asambleas solo se convocaban para asuntos excepcionales y a veces eran tan poco frecuentes que solo se celebraba una al año. En España tañían las campanas y el concejo se reunía el domingo, después de misa, en un lugar tradicional o

simbólico; por ejemplo, la asamblea nacional vasca se congregaba bajo el famoso árbol, en Guernica. En las aldeas suecas y en las saboyardas, el voto en las asambleas tenía que ser unánime.

La comunidad y la asamblea de la aldea desempeñaban un papel fundamental en todos los aspectos de la vida económica y social³⁷. La economía era la realidad básica en la cual se basaba la comunidad. La asamblea establecía el momento para arar, lo que se iba a plantar y el ganado que se criaría. La explotación del suelo a veces se hacía de forma comunitaria: la tierra de labranza y de pastoreo se distribuía periódicamente entre las familias, ya que en algunas zonas pertenecía a toda la comunidad y no a cada unidad familiar. Una aldea con propiedades comunitarias, como las tierras de cultivo, las de pastoreo, los bosques y un molino, podía ser económicamente fuerte, aunque un rasgo predominante en la Europa de comienzos de la Edad Moderna era la alienación constante de estos bienes para pagar impuestos y deudas. En Francia, este proceso de alienación se volvió una amenaza tan grande para la viabilidad económica que Colbert prohibió la venta de tierras comunitarias y ordenó a los administradores que trataran de recuperar las propiedades enajenadas desde 1620.

La ley y el orden solían imponerse de forma comunitaria, incluso cuando el tribunal quedaba, técnicamente, dentro de la jurisdicción de un señor feudal³⁸. En Valencia, el Tribunal de las Aguas, compuesto por los ancianos de la población, se sigue congregando una vez por semana en el exterior de la catedral para resolver de forma oral las disputas entre los labradores de la región. La comunidad velaba también por el honor y la moralidad y, por extensión, intervenía en la vida familiar: en Rusia, los ancianos podían opinar sobre la concertación de los matrimonios³⁹. Bien entrado el siglo XVIII, en el campo de la Selva Negra, en Württemberg, la comunidad supervisaba los matrimonios, el trabajo, la rotación de los cultivos, la organización de los mercados, las transacciones de tierras y las ayudas a los pobres y un tribunal eclesiástico, presidido por el pastor y algunos funcionarios, resolvía los conflictos familiares y matrimoniales locales⁴⁰.